

LA CULTURA ECONOMICA DURANTE EL FRANQUISMO (1939-1959)

José María Gómez Herráez

1. Planteamiento general

Las concepciones que se tienen de los hechos económicos en un momento marcan profundamente la evolución de una comunidad. No sólo influyen los planteamientos manejados por quienes albergan capacidades de decisión o mayor prestigio intelectual, sino también, con grados variables según las posibilidades de participación que ofrece el medio institucional, las ideas económicas de los distintos sectores sociales. La importancia de la difusión del razonamiento económico era resumida por William J. Barber en el prólogo de su conocida síntesis:

"La repercusión social de las investigaciones teóricas, al menos en las sociedades democráticas, depende en gran parte de la medida en que sus hallazgos puedan ser transmitidos a la opinión pública. Por esta razón, cuanto más sepamos todos nosotros sobre las posibilidades de los sistemas analíticos empleados por los economistas tanto más inteligentes serán nuestros juicios sobre cuestiones de política económica"(1).

Pero evidentemente, las concepciones económicas no pueden desligarse de las concepciones ideológicas generales, es decir, de la imagen general del mundo y, por tanto, como el propio medio institucional, de la estructura socioeconómica en que se forjan. La vinculación entre ideas e intereses materiales y emocionales sigue siendo una de las cuestiones más difíciles de perfilar en las ciencias sociales. En cualquier caso, al explicar el comportamiento social de un individuo, no debe pensarse en unas ideas que, de manera autónoma, puedan anteponerse a la conciencia que sobre su interés personal y sus posibilidades de desarrollo posee. Las ideas económicas, por minuciosamente elaboradas que estén, no tienen, pues, un papel independiente ni equiparable en la dinámica social al del conjunto de coincidencias y contradicciones

que se producen en el entresijo de intereses que conforman una comunidad. Por todo ello, cualquier proceso de reflexión económica puede proyectarse de manera creativa sobre la realidad, pero con unos límites marcados por los intereses de clase y sectores privilegiados: primero, en su elaboración; después, en su posible aplicación. Por lo mismo, la visión de los problemas como naturales, como inevitables o como producto de voluntades malévolas, y las llamadas a la resignación, a la comprensión o a la buena voluntad, como era frecuente en el periodo considerado, constituyen una fórmula terapéutica, tranquilizadora, tan sublime como frágil.

Ante la amplitud y dificultad de observar las ideas económicas que adquieren difusión durante el siglo XX, nuestro análisis particular sobre las primeras décadas del franquismo tiene un carácter meramente aproximativo. La complejidad y variedad alcanzadas por las ideas económicas en el mundo occidental, así como, en íntima y compleja relación, el alto nivel de la lucha ideológica como parte del alto nivel de la lucha de clases, convierte en especialmente arduo el problema. Las grandes dificultades económicas y sociales, los grados variables de intervencionismo y la fuerte necesidad de legitimación del orden social y político originaron en España durante este periodo una peculiar efervescencia en la reflexión económica y social, aunque constreñida a las áreas institucional y profesional(2). Obviamente, aquí no trataremos de abarcar esa diversidad de visiones, sino sólo referirnos a aquellas ideas globales más repetidas y con una difusión más general. El enfoque microhistórico del que partimos, al basarnos en fuentes sobre Albacete y algunas complementarias sobre Valencia, resulta especialmente apropiado para descender a la diversidad de cauces de difusión directa de ideas. De este modo, nuestra aproximación a la cultura económica se operará de modo indirecto, mediante el discurso económico que se difunde desde diversos medios, aun cuando evidentemente podían pesar planteamientos

anteriores ahora silenciados por su carácter reformista o revolucionario (3).

Aunque hablamos de difusión de una cultura económica y de diversidad de medios y planteamientos, no debemos sospechar en el régimen ni en las fuerzas que lo apoyan un gran interés por extender conocimientos económicos ni estimular la reflexión en torno a estos temas. Por el contrario, no interesa una formación que, al poder estimular el pesimismo, el inconformismo y el sentido crítico, podía convertirse en una amenaza para los planteamientos oficiales y hasta para los propios intereses sociales afincados y en realización. Este rechazo se sobreentiende bien si recordamos las continuas y sublimes proclamas, especialmente intensas durante la posguerra, contra las inquietudes materialistas, liberales y marxistas como motores del desarraigo espiritual y la ruptura de lo nacional. Pero se entiende de manera más general si observamos el prioritario lanzamiento de estímulos -en torno a la patria, la religión, Franco, la "revolución", la historia- que a la vez que incitar a la admiración y a la emoción, permitían ofrecer sublimes visiones de la realidad socioeconómica y política. Y en el fondo, el propio optimismo por el que el falangismo tanto clama, la evocación de etapas míticas de esplendor, el boato superficial y las promesas ultraterrenas del catolicismo, el sentido triunfal con el que se contemplaba toda la acción política, el ocultamiento de noticias sobre la situación económica y social... ¿no suponían también una negación, una minusvaloración o un alejamiento de los problemas que anulaban o disminuían la necesidad de reflexión general?(4)

La población no es contemplada como sujeto crítico y reflexivo, sino como mera consumidora de una cultura que, en un primer momento, se confunde con propaganda ideológica(5). De este modo, la cultura económica que básicamente se difunde se inserta en el discurso general desplegado en busca de reconocimiento del régimen y su actuación, así como de la estructura y la dinámica socioeconómica. Los elementos propiamente económicos suelen ser muy primarios, ocupan un lugar normalmente marginal y se combinan con planteamientos e interpelaciones de carácter no económico, diluyéndose e impregnándose de su tono irracional. En el falangismo y en el catolicismo social se encuentran, mediante una adaptación relativamente fácil, fórmulas para ello. Los planteamientos sociales, éticos e irracionales que imperan en estos discursos asfixian en gran

medida las posibilidades de autonomía de las descripciones y razonamientos económicos. El énfasis, en particular, sobre la realidad y la dinámica del mundo campesino, bajo una visión idílica que lo relaciona con esencias nacionales, sentimientos religiosos, paz social y progreso general, responde bien a estas consideraciones. Al lado, un desmedido triunfalismo, con fines también de confirmación, reduce gran parte de las expresiones económicas a una mera celebración de los logros en función del interés y la voluntad del régimen, de las instituciones y de Franco(6).

Habría que dirigirse a estrechos ámbitos manejados por especialistas, con nula o pequeña difusión, para encontrar un discurso económico más elaborado y autónomo que, sin poder desmarcarse del medio social, sí podía hacerlo parcialmente del oficial, contribuyendo junto a presiones sociales concretas a conducirlo por nuevos cauces. En los estudios económicos, en las ponencias y conclusiones generales de asambleas sindicales, en los proyectos y planes económicos, se partía de una base teórica económica que rebasaba los planteamientos del catolicismo social, del falangismo y del simple triunfalismo.

Junto al carácter y trascendencia de las ideas emitidas, las condiciones de recepción de las mismas son básicas para considerar los niveles posibles de cultura económica en un periodo dado. En este sentido, podrá objetarse que, al margen de las circunstancias particulares de cada momento, los temas económicos no merecen un gran interés entre la población, no tienen peso en la "cultura del ocio" y aparecen relegados en gran medida a áreas profesionales especializadas. Un carácter particular, con mayores niveles de expansión, han presentado históricamente los planteamientos reformistas y revolucionarios en situaciones de agudos problemas y elevada conciencia social, que son los que precisamente en gran medida han llevado a incorporar elementos económicos y sociales también particulares en medios conservadores. Pero junto a estas tautologías, existe otra que no podemos olvidar: las condiciones económicas, sociales y políticas de un periodo concreto, aparte de marcar los contenidos económicos, también pesan por distintas razones en la efectividad de su difusión. De este modo, durante estas primeras décadas del franquismo, una serie de aspectos no parecen muy favorables: lenta erradicación del analfabetismo, práctica exclusión de las clases bajas de la enseñanza secundaria y universitaria, lento

crecimiento de servicios culturales como bibliotecas, escaso poder adquisitivo de varios sectores sociales, alternancia en el medio rural de épocas de trabajo intensivo con otras largas de paro, etc... Si los condicionamientos económicos pesaban en esos problemas, también lo hacían los de índole social y política, que además contribuyen a explicar otros aspectos como la importancia de la censura y la mayor atención a una cultura de mera evasión. En cualquier caso, en una etapa de penuria, represión y contrarrevolución, las dificultades de subsistencia, la desconfianza hacia las instituciones y hacia las ideas, la resignación y el fatalismo ante la realidad social y política, la urgencia de vivir cada día, no debían alimentar un caldo de cultivo apropiado para el interés y la esperanza en la reflexión económica, como tampoco lo harían, en clara interrelación, por cuestiones y reivindicaciones sociales(7) ni por los temas políticos(8). La época posterior, con mayores niveles de vida, de educación y de información, tampoco lo harían, pero por distintas razones(9).

2. Fuentes para una aproximación indirecta a la cultura económica. Medios de difusión

El mensaje económico, como subrayábamos, aparece presente, con mayor o menor protagonismo, en diversos medios cuya proyección social es asimismo distinta. En los casos de mayor trascendencia social, sólo de manera indirecta las fuentes locales nos pueden ilustrar sobre los contenidos vertidos (textos sobre clases de enseñanza, Boletín Oficial del Obispado, resúmenes de discursos y conferencias). En otros casos, es el examen de la propia fuente lo que nos interesa (prensa, reproducciones literales de discursos y conferencias, libros y folletos). Dentro de esta segunda categoría existe un tipo de trabajos que, pese a su escasa difusión, también contemplaremos por mostrarnos los niveles de elaboración teórica que en determinados ámbitos se podían alcanzar: nos referimos a los estudios económicos que impulsan instituciones centrales y provinciales, principalmente la Organización Sindical. En función del marco local, no abarcamos aquí medios sobre los que no hemos hallado fuentes (radio) o que no tenían vigencia en Albacete (Universidad). El interés en encontrar estudios que nos permitan ampliar el número de análisis económicos rigurosos ha extendido el abanico de fuentes a algunos textos valencianos.

2.1. Prensa

Aunque no vinculados directamente al Movimiento, tanto el diario *Albacete* (1942-53) como *La Voz de Albacete* (desde 1953) no se distancian de las pautas y argumentos que caracterizan el heterogéneo y cambiante ideario del franquismo. Si bien encontramos en ellos aproximaciones e informaciones muy diversas sobre temas económicos, su ámbito de influencia es escaso, pero además, el fuerte carácter legitimador y propagandístico de varios planteamientos, el tono a menudo vago del análisis y la brevedad y selección de noticias limitan ya en sí la posibilidad de impulsar actitudes críticas.

Durante los primeros años de *Albacete*, los temas económicos se confunden en la gran variedad de constataciones categóricas y planteamientos programáticos del falangismo readaptado al régimen. Es la etapa en que las evocaciones idealistas y las noticias de actos clamorosos predominan en una prensa alejada de la realidad del entorno(10) y donde la exaltación de Franco es el objetivo central de las consignas a los periódicos(11). No existe apenas cabida para el análisis detenido ni tampoco para convertir en propuestas elaboradas la expresada voluntad de progreso económico y social. Desde mitad de los cuarenta, estos rasgos se mantienen en textos que principalmente se relacionan con el sindicalismo vertical, pero ya no monopolizan el tono de la prensa. Ahora, serán también frecuentes las meras constataciones de logros y, de manera más esporádica, los planteamientos del catolicismo social. No faltarán tampoco artículos más analíticos, aunque a veces algo divagadores, sobre temas como el comercio, la formación profesional, la tecnificación agraria, las posibilidades de la industrialización, la evolución de la población o el nuevo horizonte del turismo.

En uno y otro periodo, la información sobre asambleas sindicales, aunque recae más sobre declaraciones y conclusiones que sobre las polémicas y las líneas analíticas, permite conocer las aspiraciones que dentro de unas pautas definidas plantean especialistas, sectores productores y representantes oficiales de trabajadores. Estos textos podían contribuir a forjar visiones sobre las dificultades y posibilidades que entrañaban la dinámica económica y la acción del Estado, tanto con carácter general como en relación con sectores concretos.

2.2. Iglesia

Aunque a la institución eclesiástica no incumbían de manera central los temas económicos, sus connivencias con el orden social y político, su necesaria evocación y concreción de los valores abstractos del cristianismo y sus preocupaciones primordiales sobre las convenciones religiosas y morales del catolicismo, que peligraban en situaciones sociales marginales, la llevaban a pronunciarse sobre estas cuestiones. El Boletín del Obispado de Albacete, que aparece en 1950 con el nacimiento de la diócesis, sirve para observar los conceptos y visiones que sobre la economía y la sociedad podía difundir esta institución de tan amplio ascendiente social. Sin embargo, no es el análisis ni la reflexión lo que caracteriza las exposiciones de las pastorales, circulares, alocuciones, temas de predicación y otros textos con estos contenidos. En el fondo, dichos textos no vienen a ser sino el recordatorio de los planteamientos tradicionales del catolicismo social(12). A la vez, se suman llamadas y denuncias que parecen confiar la efectividad de la acción de las instituciones, los empresarios y los trabajadores a una cuestión de voluntades y sentimientos. En los años cuarenta, desde el estamento eclesiástico se incorporan llamadas contra el fraude y el estraperlo que en gran parte sólo suponen una interpelación obligada y consecuente de aires medievalizantes, tanto por el fondo teórico sobre el justiprecio como por la forma de anatema que alcanzan.

Como desde el falangismo y el tradicionalismo, desde el catolicismo, ante la posibilidad de cambios estructurales profundos, se desvía la atención hacia valores abstractos y fines sublimes como motores del progreso económico y social. Su trascendencia práctica quedaba esbozada con vaguedad y reducida en gran medida a orientaciones paternas desde arriba y obediencia desde abajo. Por encima de todo predicamento reformista, prevalece una aquiescencia global con el orden social y con el régimen político que se singulariza en el lenguaje y en el tono global del discurso(13). Sin embargo, los planteamientos del discurso católico, sobre todo si se fundían con las explicaciones marxistas de la realidad, podían azuzar una mayor concienciación social, elevar el tono de las denuncias y trascender a una actividad que iba más allá del mero discurso, como mostrarían las organizaciones obreras.

2.3. Enseñanza y cultura

Tampoco del sistema de enseñanza, en sus niveles primario y secundario, como en la mayor parte del universitario, derivan elaboradas ideas económicas. No es necesario insistir en el peso capital de este agente socializador, acaso sólo comparable en este periodo, dado el menor papel de los medios de comunicación respecto al presente, con el de la familia y el círculo de relaciones personales(14). Las escasas fuentes procedentes de centros de Albacete que permiten conocer los contenidos de las clases revelan una realidad que ya se detecta en los programas y libros de texto: el escaso interés de los temas económicos frente a la exaltación de valores nacionales y católicos, y en general, la escasa consideración del medio económico y social frente a una erudición que aleja del entorno (en gran parte, hacia peculiares mundos ideales). A lo sumo, se inculcaban unas nociones y unas prácticas elementales para moverse en la vida cotidiana, pero no para estimular la reflexión sobre la realidad social. Las cuestiones sociales y económicas no se hallan totalmente ausentes, pero aparecen como principalmente en los ámbitos antes comentados, con mero afán adoctrinador, con un tono de revelación, confundiendo con elementos irracionales, subordinándose a otras cuestiones o limitándose a una exposición triunfalista sobre las obras y mejoras conseguidas. En algunas lecciones específicas de formación política y social, estos rasgos vienen ya encauzados por el carácter conmemorativo o de homenaje que las anima.

Estos elementos son también característicos de gran parte de los trabajos publicados y de las conferencias, como los de contenido histórico. También aquí, el carácter conmemorativo o de resonancia suele actuar en la base. Incluso actividades que podían albergar un contenido económico, como exposiciones y trabajos sobre artesanía, respondían sobre todo a móviles ideológicos y sentimentales. En general, en todo el país, los temas económicos no ocupan un lugar central en la reflexión intelectual, y cuando aparecen, es con el mismo carácter secundario y doctrinal que en los medios con un discurso menos elaborado(15). Las complejas visiones quedan reservadas al área de la especialización económica, tema que reclama una profunda exploración. A nivel provincial, esto no iba a ser distinto.

2.4. Discursos políticos

En el discurso de los cargos políticos, se dan unos mismos rasgos, acentuándose lógicamente el sentido triunfalista. Lo muestran bien los gobernadores civiles en sus viajes por la provincia, que al concentrar su atención en las obras públicas como exponente del progreso y del bienestar, ofrecían una imagen muy limitada de las posibilidades políticas en los terrenos económico y social.

Durante los primeros años del régimen, la mayor urgencia del consenso explica que los discursos, más numerosos, combinen las interpelaciones irracionales con justificaciones del orden socioeconómico, exaltaciones de la labor institucional y algunos planteamientos económicos globales. El adoctrinamiento y la movilización falangistas contemplan, en particular, un importante componente programático económico y social, como sobre todo se muestra en la inauguración de hermandades y otras entidades sindicales. Pero después, los discursos disminuyen y las grandes verdades y promesas ceden terreno a los nudos inventarios de logros. Prosiguen las exposiciones de planteamientos socioeconómicos en el discurso, básicamente desde el ámbito sindical, pero su frecuencia y su proyección son menores.

2.5. Estudios económicos

Las posibilidades de estos estudios en la difusión de ideas económicas eran bajas si excluimos los resúmenes de ponencias de asambleas sindicales que aparecen en la prensa, pero resultan de gran interés, como señalábamos, para conocer los términos con que, de manera más elaborada, se podía contemplar la realidad económica, se conocían los problemas del entorno inmediato y se dibujaban soluciones. Aunque la mayor parte de estos trabajos no abandonan la especial confianza en las infraestructuras como motor de progreso y es unánime y reverencial el respeto hacia la iniciativa privada, la atención se extiende a cuestiones diversas de la política económica y de la problemática de cada sector, contemplando a veces -aunque como cuestión normalmente separada- los problemas sociales. De manera colateral o excepcionalmente detallada, en estos estudios podían aparecer concepciones teóricas que, aunque moviéndose en torno a la posibilidad utópica de un funcionamiento perfecto del mercado bajo los correctivos -eso sí- del Estado, podían mover a la reflexión y agudizar el sentido crítico. Aun dentro

de los límites que imponía el ideario oficial de constataciones y posibilidades, las ponencias de las asambleas de carácter social podían llevar más lejos en esa dirección, abarcando más de lleno y de manera menos aislada los problemas sociales.

3. Un esbozo de ideario económico

Si difícil es medir la importancia de cada medio en la difusión de una cultura económica, más problemático resulta sintetizar en unas líneas los argumentos económicos que aparecen en ellos, sobre todo si consideramos su amplitud, versatilidad, heterogeneidad y solapamientos con temas no económicos, junto a también significativas ausencias. Nuestro interés se concentrará, sólo, en comentar brevemente algunas ideas más repetidas y entresacar alguna cita ilustrativa.

Al guiar intenciones básicas de acatamiento social, las consideraciones sobre el sistema socioeconómico se limitan en gran parte a unas proclamas repetitivas: colaboración del capital (el capitalista), el trabajo (el trabajador) y la técnica (los profesionales); licitud y conveniencia de la propiedad privada; la empresa como familia de elementos; las excelencias del progreso técnico, etc... Quizás, de estos argumentos integradores y en general de cuantos tienen que ver con los aspectos socioeconómicos, son los primeros, los relativos a la natural colaboración de los elementos de la producción, los que más se repiten. La prensa abunda en textos y discursos con esta elemental constatación que eleva un juicio ideológico a la categoría de verdad absoluta. De una fecha avanzada es el siguiente párrafo:

"Se ha formado una indivisible sociedad que integran empresario, técnico y operario. Los tres son necesarios, imprescindibles, unos a otros; los tres forman la sagrada trilogía del trabajo; los tres han de lucrarse con lo que entre todos produzcan. Ninguno, aisladamente, es capaz de dar vida al producto (...) Los tres, unidos, se complementan; los tres, hermanados, son invencibles"(16).

En la enseñanza, el carácter doctrinal en estos planteamientos podía alcanzar límites máximos. En 1960, con motivo del veinte aniversario del régimen, identificado como el aniversario de la paz, el S.E.M. de Albacete confeccionaba un modelo de lección conmemorativa entre cuyas

prácticas incluía un dictado con esa vieja y esencial verdad del falangismo readaptado:

"Los factores de producción son tres: el empresario, el técnico y el obrero. El primero pone el capital, el segundo su ciencia o saber y el tercero la mano de obra. Las tres representaciones unidas forman un sindicato vertical, puesto al servicio del Estado y para el bien común"(17).

Los problemas y desequilibrios dentro de ese sistema por naturaleza armónico se achacan a la presencia de individuos que, con miras egoístas, desatienden sus funciones al servicio del bien común o nacional: especuladores sin interés por la producción, financieros con una actitud usurera, propietarios agrarios absentistas, trabajadores descontentos en ese ámbito armónico de la empresa, políticos sólo inspirados por su ambición personal, etc... Bajo esta perspectiva, se fragmenta tajantemente y de manera maniqueísta una realidad donde unas y otras actitudes convergen con facilidad en la dinámica general del capitalismo y en cada comportamiento individual, siendo más o menos dominantes según las condiciones generales y la suma de condiciones particulares del conjunto de sujetos. La necesidad de acabar con esa (falsa) dicotomía explicaba en términos sublimes el sentido del Movimiento, es decir, el sentido del régimen y su oposición a las formas liberales (y marxistas, según el final drásticamente vaticinado). El argumento es sencillo, aunque confuso y vago como tantos otros: los liberalismos económico y político no hacían más que encauzar esos intereses privativos, mientras el Movimiento, infundido de savia nacional y católica, reconduciría todo interés particular hacia el bien común y sancionaría aquellos comportamientos anómalos para el curso de la producción. Junto a ello, en momentos diversos, se contemplan las dificultades de capitalización, comercialización y de otro tipo de los pequeños productores, así como las situaciones de paro e infortunio de los trabajadores, como problemas que también exigen la actuación del Estado y las instituciones político-administrativas.

Las valoraciones positivas sobre la actuación del Estado son, en verdad, constantes en todos los medios. Es la premisa para la conciliación de las acciones individuales de los elementos de la producción con el interés nacional y general. Es la fórmula que exorciza -casi por ensalmo, puesto que

no se prodigan los razonamientos y sí los conjuros e invocaciones emocionales- las inquietudes reivindicativas, coletivizadoras y socializantes. Durante los primeros años, un fuerte antiliberalismo de signo fascista preside la justificación de esa actuación. En *Albacete*, podía leerse este aserto contundente:

"Examinando el pasado, las derivaciones de aquella felicidad prometida por los regímenes liberales nacidos de la Revolución Francesa, observamos el fracaso de la organización social, la mala distribución de la riqueza, las competencias comerciales, la miseria de los trabajadores, las masas de parados"(18).

Más tarde, los argumentos ceden espacio a un triunfalismo que hace derivar el bienestar general de la simple voluntad e interés de las autoridades políticas. No cabía apenas detenerse en vías, posibilidades, contradicciones o matices. Más que difundir ideas sobre la dinámica y la política económicas, lo que así se pretendía era mostrar su innecesidad: a la población le bastaba con confiar en los elementos dirigentes. La capciosidad del argumento se manifiesta si consideramos las conexiones básicas entre esos elementos dirigentes y los distintos sectores de la burguesía, como desde hace tiempo, y en la actualidad de manera creciente con las aportaciones de historia local, se viene demostrando.

Esta confianza ciega en el poder político, combinando su acción económica, social y "espiritual", es alimentada de manera explícita por la prensa, por la enseñanza y por supuesto, por los propios cargos en sus discursos. Las consideraciones sobre la voluntad, el espíritu patriótico y el sentido cristiano de los cargos son el argumento más socorrido para justificar esa confianza. Desde el falangismo, además, se contaba con un ingrediente argumental típicamente fascista, el elitismo, que también servía para justificar las diferencias sociales en general. Así se expresaba en el periódico *Albacete*, combinando esa visión con el criterio paternal del catolicismo social, el que pronto sería alcalde de la capital de la provincia, Luis Martínez de la Ossa:

"Es tarea fundamental de los mejores, de los dirigentes, hacer que esa inhumana desigualdad existente en toda sociedad organizada o anarquizada, quede reducida

a esos límites humanos que imponen la justicia y la caridad cristianas"(19).

El mismo fervor y confianza manifiesta la propia institución eclesiástica, con un respaldo ideológico en la tradicional concepción accidentalista del catolicismo político, que justificaba cualquier forma de gobierno que actuara al servicio del bien común. El obispo de Albacete, Arturo Tabera, se limitaba en numerosas ocasiones a recordar esa confianza e inculcar ánimo a los cargos políticos. En una alocución a alcaldes y jefes locales de FET, tras una larga y vehemente enumeración de problemas económicos y sociales en Albacete, se mostraría muy contundente:

"Me duele esto y mucho más y, por ello, si aplaudo y admiro la labor de las Autoridades que se preocupan del remedio de estos males, les pido que fueren las marchas y redoblen sus esfuerzos en el camino emprendido; uno mi voz a la suya, pidiendo todo su calor, aplauso y colaboración a su labor e iniciativas"(20).

Cuando el discurso se detiene en los ámbitos de actuación económica, se contemplan planos distintos, aunque complementarios. En primer lugar, el Estado debía velar por la estabilidad y la paz social como premisa básica para el desarrollo continuado de las actividades económicas. En esto hallaba el régimen su primera fundamentación. Incluso en los análisis históricos de carácter local de la época, una visión esquemática y ficticia de la realidad diferenciaba las etapas de progreso como aquellas con fuerte autoridad política y paz social, mientras las de crisis coincidirían con una gran anarquía política y social en la base. La objeción más inminente ante tal visión resulta lógica desde el propio sentido común: en el caso de esas coincidencias, no siempre reales, ¿cuál era el fenómeno causal y cuál el consecuente?

Pero la atención también se detenía en momentos concretos en toda una serie de vías que propiciarán el desarrollo general de la producción, la emersión de los pequeños autónomos y la solución de los problemas sociales: obras públicas, regadíos, repoblación forestal, crédito, ferias, cooperativismo, artesanía, reparto de parcelas individuales, tareas de planificación y ordenación, etc... Ante el problema agrario, en particular, las propuestas recuerdan fielmente a las que se desarrollaron durante la Segunda República desde

sectores de derechas, como en Albacete contemplaban los dos diarios que cubrieron todo aquel periodo, *El Diario de Albacete*, próximo a católicos y agrarios, y *Defensor de Albacete*, próximo a los radicales. Pero ahora no se cuestionan tanto el reparto generalizado ni las propuestas colectivizadoras. Simplemente, estas opciones se ignoran y se insiste en el fomento de la agricultura familiar mediante apoyos institucionales. Las posibilidades del reparto se limitan, a lo sumo, a algunas parcelas en zonas de regadío, en fincas mal cultivadas o en tierras públicas. En la realidad, los obstáculos sociales y hacendísticos harían que estas propuestas, inspiradas también por fines propagandísticos e integradores, prosperaran con lentitud o apenas lo hicieran(21).

Durante los cuarenta, también se justifica a menudo, en particular en actos sindicales y en algunos artículos de prensa, la labor que el Estado debía desempeñar en el abastecimiento de materias primas y alimentos en una apurada situación de penuria que complicaba la difícil coyuntura internacional. Esta era, en esencia, la justificación básica del fuerte control que sobre el mecanismo productivo desarrollaba el amplio aparato interventor. Aunque no es un tema muy recurrente si exceptuamos una vez más algunos discursos y artículos de prensa, el sistema autárquico se defiende, en comunión con planteamientos nacionalistas, aludiendo a la menor dependencia de economías exteriores y a un más apropiado y menos costoso abastecimiento. En cualquier caso, las nociones autárquicas llegan a impregnar tanto y tan temprano el lenguaje en algunos medios institucionales que su aplicación trasciende incluso a la propia esfera local: en los informes que se redactan al constituirse las hermandades y otras entidades sindicales menores, se habla de los grados de autarquía del pueblo en cuestión. Del proceso posterior de liberalización no da gran fe el discurso general, más preocupado por cantar los logros y en algunos ámbitos proseguir con los planteamientos económicos y sociales del nacionalsindicalismo o del nacionalcatolicismo. Los textos de la prensa que podían forjar ideas al respecto no tenían gran difusión.

Si las diferencias del discurso económico en uno y otro medio son importantes, no puede hablarse de choques importantes de planteamientos. Sin embargo, los estudios económicos, al no tener una finalidad básica de difusión y apoyo ideológicos, discurren por cauces muy distintos, no sólo por el

desarrollo lógicamente mayor de los temas. Un texto, la introducción del Proyecto de Ordenación Económica y Social de Valencia de 1946, redactado por especialistas locales en el marco de un proyecto de política regional que llevó a recabar información y sugerencias de las provincias, nos remite a un mundo económico muy distinto al de los medios con una mayor proyección general. Los elementos irracionales desaparecen enteramente, no se piensa en términos de autarquía, no se justifica ni se celebran las excelencias del sistema socioeconómico, no se presta atención alguna a la diferente viabilidad de unas y otras unidades de producción ni se concibe necesidad o posibilidad de reforma alguna. El interés se concentra en los factores que favorecen la acumulación de capital y la realización del beneficio, subrayando los elementos monetarios y financieros. Domina aquí una concepción tácita de la dinámica de la competencia y del mercado como naturales, sin considerar los problemas, contradicciones y formas de marginación de las relaciones de producción y en general de las relaciones económicas. Pero esto no impide, sin embargo, que desde este plano exclusivo de la teoría económica se señalen las dificultades de alcanzar objetivos categóricamente conceptualizados como el crecimiento, la mejora del nivel de vida o el pleno empleo.

En esta Introducción, que pretende proporcionar una base teórica al análisis y las propuestas concretas sobre la realidad económica valenciana, las connotaciones fascistas, católicas o triunfalistas del discurso económico ceden totalmente ante consideraciones liberales y keynesianas, tratando de conciliarlas y rebasarlas. De este modo, por un lado, se rechazan los procedimientos reguladores y la fijación de precios en sectores con oferta elástica, por considerar que desalentaban la actividad si disminuía su carácter remunerativo. Los niveles salariales se subordinan casi estrictamente a los niveles de productividad, bajo el criterio básico de la minimización de costes. Los niveles de presión fiscal no debían obstaculizar la continuidad del proceso productivo. Los tipos de interés debían suavizarse en aquellos sectores no suficientemente solventes, pero fundamentales en el crecimiento económico, y si era necesario, habría que acentuar el intervencionismo bancario. Varios argumentos como éstos, en fin, van dirigidos a favorecer directamente las condiciones de la inversión. Pero al lado de todo ello, se denuncian las limitaciones del mercado para conseguir elementos necesarios en su propio desarrollo, como

principalmente la construcción de infraestructuras. Y con un gran eco del "pensamiento económico moderno" de la época en el mundo occidental, el keynesiano, se resalta la insuficiencia de la demanda generada en esa dinámica y se reclama también el papel del Estado en su aumento, principalmente mediante el empleo en obras públicas y la política social, pero también considerando otros ámbitos como los niveles impositivos sobre el consumo.

La conciliación de planteamientos era en verdad difícil desde un enfoque que atendía a elementos tan distintos. Era un enfoque conservador, que ni siquiera contemplaba las mínimas posibilidades de reforma de los discursos falangista y católico, y eludía la importancia de la negociación social y la participación política. Pero a la vez abarcaba, principalmente con esa atención en el impulso estatal a la demanda, aspectos de posible trascendencia social directa. De cualquier forma, como ocurría con las promesas sociales del falangismo y del catolicismo social, aunque en un panorama muy distinto, estas propuestas desde la escala provincial no tenían grandes posibilidades de realización: nos lo muestra bien, en relación con este Anteproyecto concreto, la propia decepción de la junta provincial impulsora al observar los términos en que se resumieron sus conclusiones por la Secretaría General, limitando sus propuestas a una serie de obras y negocios puntuales⁽²²⁾. Las promesas del falangismo y del catolicismo se incorporaban con un carácter ideológico básico, de búsqueda de aceptación, integración y distensión (¿habían tenido un carácter distinto en su origen?). Las propuestas económicas amplias, como ésta, con elevada base teórica, debían esperar unas condiciones globales que las impulsaran. De hecho, en este Anteproyecto valenciano de 1946, se encontraban elementos esenciales de lo que sería la posterior liberalización de los cincuenta y los cauces de la planificación indicativa de los sesenta. En una y otra realidad, eran mínimas las posibilidades de expresión de amplios sectores sociales, que, por lo demás, tampoco gozaban de grandes posibilidades ni disposición para reflexionar y plantear alternativas económicas y sociales.

Notas

- 1.- W. J Barber, *Historia del pensamiento*

económico, Madrid, Alianza Editorial, 1974, pp. 13-14.

2.- La historiografía económica del periodo se ha preocupado por valorar los orígenes ideológicos de la práctica intervencionista, aunque desde enfoques diversos tanto por el punto de partida como por el grado de autonomía que se ofrece a ese pensamiento. Entre otros trabajos, J. Clavera y otros, *Capitalismo español: de la autarquía a la estabilización (1939-1959)*, Madrid, Cuadernos para el Diálogo, Edicusa, 1973; M. J. González, *La economía política del franquismo (1940-1970). Dirigismo, mercado y planificación*, Madrid, Tecnos, 1979; J. Velarde Fuertes, "La base ideológica de la realidad económica española", en J.L. García Delgado, coord., *España. Economía*, Madrid, Espasa-Calpe, 1988, y J.J. Martínez Gutiérrez, "Economía de guerra después de la guerra (Sobre la configuración de la política autárquica en el primer franquismo)", en *El régimen de Franco (1936-1975). Congreso Internacional*, Madrid, mayo 1993. En relación con un ideario específico agrario, C. Barciela incorpora varios planteamientos en sus trabajos.

3.- El trabajo clásico de J. Martínez Alier, *La estabilidad del latifundismo*, París, Ruedo Ibérico, 1968, constituye en buena medida un análisis de esas pervivencias en el campo cordobés.

4.- Desde el característico irracionalismo falangista, se podía llegar a la más explícita negación de la reflexión. En plena, pero aparente y precaria euforia fascista, podía leerse en la prensa el siguiente texto: "Al pueblo se le arrastra, se le ilumina, se le arrebató de un ímpetu grandioso. Convencerle, darle razones y leyes, eso es lo de menos. Un sociólogo no ha detenido nunca una huelga y un sabotaje, porque el pueblo se mueve por cosas que tengan calor de mística, de poesía, de combate. Que sean falsas o verdaderas ya no les importa..." (Albacete, 20-agosto-1942, Ángel M^a Pascual, "Cara al pueblo").

5.- J. García Jiménez, *Radiotelevisión y política cultural en el franquismo*, Madrid, CSIC, 1980, p. 85.

6.- Sobre la funcionalidad esencialmente legitimadora e integradora de los ingredientes ideológicos del franquismo, han sido numerosos los análisis, como M. Ramírez, *España, 1939-1975*.

Régimen político e ideología, Madrid, Guadarrama, 1978, pp. 79 y ss.; A. de Miguel, *Sociología del franquismo*, Barcelona, Eunos, 1975, tercera parte; y R. Chueca, *El fascismo en los comienzos del régimen de Franco. Un estudio sobre FET-JONS*, Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas, 1983. En el mismo sentido nos orientan las reflexiones de A. López Pina y E. Aranguren, *La cultura política de la España de Franco*, Madrid, Taurus, 1976. El peso, en particular, de un componente agrarista en ese discurso integrador, ha sido asimismo resaltado y analizado por varios autores, como E. Sevilla Guzmán, *La evolución del campesinado en España*, Barcelona, Península, 1979, pp. 139 y ss.; C. Velasco Murviedro, "El pensamiento agrario y la apuesta industrializadora en la España de los cuarenta", en *Agricultura y Sociedad*, núm. 23, abril-junio 1982, y E. Moyano, "Ideologías y sindicalismo agrario en la transición democrática", en *Agricultura y Sociedad*, núm. 31, abril-junio 1984.

7.- J. J. Caballero, "Clase obrera y relaciones de trabajo", en *La España de los años setenta*, Madrid, Gráficas Espejo, 1974, tomo I.

8.- F. Sevillano, "La opinión pública española durante el régimen franquista", en *I Encuentro de investigadores del franquismo*, Barcelona, noviembre 1992.

9.- En 1966, J. Blanc caracterizaba muy bien la forma de integración social que se estaba produciendo en Europa bajo el nuevo capitalismo, aunque se equivocaba al prever que esto no sucedería en España ("Clase obrera, sociedad industrial y evolución social española", en *Cuadernos de Ruedo Ibérico*, núm. 4, diciembre-enero 1966). El nuevo modelo social y de vida, sobre la base del consumo y la búsqueda unívoca de la realización personal, no sólo no incitaría a la reflexión intelectual, sino que convertiría en innecesario el fuerte doctrinarismo anterior.

10.- A. Melloni y C. Peña-Marín, *El discurso político en la prensa madrileña del franquismo*, Bulzoni Editore, 1980, pp. 20-23.

11.- J. Sinova, *La censura de la prensa durante el franquismo (1936-1951)*, Madrid, Espasa-Calpe, 1984, p. 161.

12.- El bajo nivel de teorización autónoma y la subordinación literal a los "preceptos" de las encíclicas papales era constatado con carácter general, al analizar el desarrollo del pensamiento del catolicismo social español, por J.R. Montero, en su monografía, *La CEDA. El catolicismo social y político en la Segunda República*, Madrid, Revista de Trabajo, 1977, vol. I, pp. 31 y ss.

13.- Esta virtualidad esencial era resaltada por J.J. Ruiz Rico, en *El papel político de la Iglesia católica en la España de Franco (1936-1971)*, Madrid, Tecnos, 1977, pp. 117 y ss.. Entre otros elementos, las llamadas al comportamiento, desde criterios maniqueístas, y el común y natural tratamiento sobre la diferenciación pobres-ricos, vendrían a tener ese sentido tácito.

14.- El carácter básicamente integrador del discurso político en los medios de enseñanza era analizado, observando su evolución, por A. Linares, en "Las ideologías y el sistema de enseñanza", en *Horizonte Español*, París, Ruedo Ibérico, 1966, tomo segundo. Después, lo ha sido por otros autores, como G. Cámara Villar, *Nacionalcatolicismo y escuela. La socialización política del franquismo (1936-1951)*, Jaén, Hesperia, 1984.

15.- Esta realidad la testifican bien las aproximaciones que se presentaron en *I Encuentro de Investigadores del franquismo*, Barcelona, noviembre de 1992, y en *I Congreso Internacional. El régimen de Franco*, Madrid, mayo, 1993. En ellos, sólo esporádicamente aparecen, tanto en relación con pensadores como con instancias culturales, alusiones que muestren una relativa preocupación por la dinámica económica. Acaso, de las manifestaciones allí consideradas, la que mayor cabida deja a las cuestiones económicas es la que C. González Cuevas analiza en el segundo de esos encuentros: las concepciones de Fernández de Mora.

16.- *La Voz de Albacete*, 31-agosto-53, Tomás Borrás, "¿Qué es el nacionalsindicalismo?"

17.- *Biblioteca de la Escuela de Magisterio de Albacete*, "Veinte años de paz en el Movimiento, bajo el mandato de Franco", 1960.

18.- *Albacete*, 14-diciembre-1942, "La quiebra del liberalismo".

19.- *Albacete*, 18-julio-1946, "Revolución y justicia".

20.- *Boletín Oficial del Obispado de Albacete*, 1957, núms. 5-6.

21.- N. Ortega, *Política agraria y dominación del espacio*, Madrid, Ayuso, 1979.

22.- *Biblioteca Alfons el Magnànim*, "Informe sobre la ordenación económica de Valencia", 11-julio-49. □